

POÉTICA EN EL CABALLO ÁRABE: DE LA TRADICIÓN MÍTICA A LA RAZÓN ESTÉTICA

M^a Mercedes Delgado Pérez

*Para Fernando
-infinitas paciencia y confianza en mí.*

El cambio sustancial que supuso en la Península Arábiga el nacimiento del Islam en el ámbito religioso no determinó, sin embargo, una completa ruptura sociocultural, pues la sociedad preislámica condicionó a la islámica debido, en gran parte, a la aprobación o condena del Profeta de ciertas costumbres y tradiciones de la sociedad en la que él mismo nació ¹. La lengua originaria de la Península Arábiga, la elegida por Dios para la recitación del *Corán*, era un excelente vehículo de transmisión cultural pues, pese a las diferencias tribales existentes en la antigua Arabia, prevalecía “el sentimiento vago de una unidad árabe que una lengua poética común y ya elaborada materializaba” ².

La poesía preislámica, formalizada idealmente con los viejos metros de la casida ³, expresaba “los sentimientos populares y cantaba las

¹ Véase el desarrollo de esta idea en Claude Cahen, *El Islam. I. Desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio Otomano*, México, Siglo XXI, 1989, pp. 3-6.

² *Ídem*, p. 5.

³ Contení una serie de desarrollos sucesivos cuyo carácter convencional implicaba una tradición inmemorial (F. Krenkow, en *Encyclopédie de l'Islam*, Paris, Leyde, Maisonneuve et Larose, E.J. Brill (en adelante, *E.I.*, 2^a ed.), t. IV, 1978, s.v. “kaşida”, pp. 742-743). Badawi ya señaló sobre la casida preislámica que “fue un producto natural de una forma de vida heroica, [de] una sociedad tribal en el desierto con sus propios *ethos* y valores, y por esa función ritualista permitía al árabe de esos legendarios días enfrentarse a modelos de vida y muerte en un medio ambiente que era normalmente duro” (M.M. Badawi, «From Primary to Secondary Qasidas: Thoughts

hazañas de los hombres del desierto y los grandes *días de los árabes*⁴. Y, mientras la poesía occidental se centra fundamentalmente en el sentimiento, “en la estética del árabe, más identificado con la naturaleza, también al describirla se siente y se crea poesía”⁵. De ahí que nada escape a la atenta mirada del vate, cuyos versos reflejan la cotidianidad de la vida en el desierto. Elemento indispensable de esa cultura por su valor pragmático para la vida nómada era el caballo, considerado por los árabes como la criatura cercana al hombre más hermosa y noble⁶.

on the Development of Classical Arabic Poetry», *Journal of Arabic Literature*, 11 (1980), p. 2.

⁴ Claude Cahen, *ob. cit.*, p. 5.

⁵ Federico Corriente, *Las mu‘allaqāt. Antología y panorama de Arabia preislámica*, Madrid, IHAC, 1974, p. 31.

⁶ El autor persa Abu Bakr al-Ḥasan Ibn al-Jasīb (el *Albubather* de los autores latinos, que vivió entre finales del siglo IX y comienzos del X d.C.), transmisor de la astrología caldea desde su residencia en Bagdad, ofrecía esta noble imagen del caballo, ya que valoraba a los equinos por encima del resto de los animales, sitúandolos entre los que más favorecían la vida del árabe, junto con los camellos, ovejas y bueyes, en ese orden. A su vez, *Albubather* distinguía, al hablar de los mercaderes de cuadrúpedos, entre *caballos* y *palafrenes* y caballos a secas, situando a estos últimos junto a las cabras, con lo que entendemos que diferenciaba los caballos de monta y los de tiro. Los de monta serían los caballos merecedores de distinción especial, más aún los palafrenes, tan mansos que se destinaban a las damas, los reyes y los príncipes en sus entradas triunfales. La naturaleza de estos caballos de monta era comparada por el astrónomo a la del hombre, al situar en el mismo nivel la flagelación de hombres y el golpeo de caballos (*Albubather, Sobre las natividades*, trad. y notas, Demetrio Santos, Barcelona, Edicomunicación, 1986, pp. 137, 144 y 170). En el *Cantar de Mío Cid* se observa también esta triple distinción: corcel o caballo de guerra, o *de en diestro*, monturas de gran alzada y fuertes miembros que resistieran el peso del caballero armado y el choque del combate; palafrén, *palafrés*, o caballo de viaje, caballos mansos de camino y de lujo; y la jaca o caballo de carga para llevar el equipaje (*Cantar de Mío Cid*, ed., prólogo y notas de Alberto Montaner, Barcelona, Crítica, 1993, p. 164, nota 1064, p. 185, nota 1336, p. 216, nota 1874).

El caballo era conocido desde antiguo en Oriente próximo. Se dice que fue en Asiria donde nació la caballería como elemento de guerra, sustituyendo al carro de batalla como arma decisiva en el siglo IX a.C. Asiria había aprendido a valorar al caballo en su alianza con los extraordinarios jinetes escitas procedentes de Asia central. Tan importante era esta alianza para el Imperio asirio que, cuando los medos lograron cambiarla de signo y volverla en su favor, finalizando el siglo VII a.C., obtuvieron una completa victoria sobre Asiria y sustituyeron su hegemonía en el Cercano Oriente ⁷. El caballo fue, pues, pieza fundamental en la expansión de los grandes imperios asiáticos. El arte de la Antigüedad supo recoger el extraordinario valor dado al caballo: “los asirios vieron en el caballo en general un laborioso animal de tiro; los egipcios una noble criatura, encabritándose, curvo el cuello y metidos los riñones; los micénicos, un milagro de rapidez que apenas roza el suelo” ⁸. Como hemos visto, pese a la opinión genérica del especialista Henri Frankfort, los asirios comprendieron bien el valor del caballo, tanto cinegético, como bélico. Los preciosos relieves palaciegos de Nínive nos muestran ambos aspectos. En uno de ellos podemos apreciar a un grupo de árabes montados sobre camellos siendo derrotado por la poderosa caballería de Asurbanipal (ca. 669-ca. 631 a. C.). Pero los árabes pronto sabrán, también, apreciar las virtudes del noble animal y de ellos, en su relación con el caballo, podemos decir lo que se ha dicho de los primeros jinetes de fama, los escitas: “este animal no sólo les dio su insólita movilidad, sino también su impetuosa concepción del mundo; en cuanto perfeccionaron la técnica de montar, dejaron de ser los lentos pastores nómadas que habían sido para convertirse en una hueste notable y audaz” ⁹.

⁷ Frank Trippet, *Los primeros jinetes*, Barcelona, Folio, 1994, t. I, pp. 11-14.

⁸ Henri Frankfort, *Arte y arquitectura del Oriente Antiguo*, Madrid, Cátedra, 1987, p. 276.

⁹ Frank Trippet, *ob. cit.*, t. I, p. 41.

Con el Islam, la simbología inherente al caballo de la época preislámica permaneció intacta, definiéndose en tres aspectos principales muy bien establecidos y matizados: aportar bienestar para la familia en todos los sentidos posibles, ser elemento indispensable para la defensa de la Ley de Dios e incrementar los favores divinos mediante su cuidado. Esta triple importancia responde, en primer lugar, al relevante papel que el caballo jugó en la vida beduina, y el amplio e importante uso, siempre noble, que de él se hizo. Y es que, entre todos los bienes con los que los árabes preislámicos contaban, “se prefería a los caballos, muy por encima de todo lo demás. La fuerza, la gloria, el poderío sólo con el caballo se relacionaban, pues gracias a ellos podían defender todas sus demás posesiones y guardar a sus mujeres, proteger sus territorios y sus cotos, atacar a sus enemigos, perseguir sus venganzas y lograr botín” ¹⁰. Estos valores continuaron vigentes en el Islam, e incluso se llegó al extremo de considerar al caballo como el bien más apreciado, por encima incluso de la propia familia, tal y como refieren los siguientes versos del poeta Ismā‘īl b. ‘Aylān:

*Ningún otro bien como a los caballos estimo,
por muchos dorados dinares que pudiera tener.
Les doy mi fortuna, mi familia come lo que queda,
y espero luego que ellos me ayuden y den.
Si yo no poseyera caballo ninguno de raza,
me vería pobre, aunque todo el oro de Qārūn tuviera* ¹¹.

El Profeta, buen conocedor de los valores que para la sociedad tribal tenía el caballo, los retomó y reforzó en los planos bélico y religioso. Ello se aprecia especialmente en el *Corán*, donde el caballo aparece mencionado en cinco ocasiones, siempre expresado con el término colectivo *jayl* ¹². Las revelaciones realzan la figura del caballo como un bien inapreciable, no solamente porque aquéllos que son de raza produ-

¹⁰ Ibn Hudayl, *Gala de caballeros, blasón de paladines*, ed. preparada por M.^a Jesús Viguera, Madrid, Editora Nacional, 1977, pp. 59-60.

¹¹ *Ídem*, p. 173. El mismo autor recoge lo siguiente: “A un sabio fueron a preguntar: ¿Cuál es la riqueza mejor?, y repuso: una yegua, seguida de un caballo, y llevando en sus entrañas a otro” (*ídem*, p. 52).

¹² En la lengua árabe existen multitud de términos con los que denominar al caballo, aunque el principal es *faras*. Sobre terminología equina árabe, véase, Carl

cen el deleite de las cosas bellas y sus cualidades provocan estimación y deseo por su tenencia ¹³, sino también como elemento indispensable para conseguir la victoria en la guerra: "Preparad contra ellos la fuerza y los caballos enjaezados que podáis, para aterrorizar al enemigo y a otros, distintos de ellos, que no conocéis, pero que Dios conoce" ¹⁴. Esta misma idea se reforzará continuamente en el hadiz, de entre los cuales hay numerosos ejemplos, como aquél que dice que "el mejor ser humano es un hombre empuñando la brida de su caballo por la Fe de Dios, y que al oír un grito de guerra, allí acude" ¹⁵. Desde el punto de vista religioso el caballo es un medio de alcanzar, además, la virtud, ejerciendo la modestia y la moderación: "Se transmitió de Muáwiya que el mensajero de Allah dijo: 'No empleéis para montar sillas de seda ni de piel de tigre' (lo relató Abu Daud)"¹⁶. Las circunstancias que acompañaron a la Revelación Sagrada facilitaron enormemente que surgiera el mito del caballo, de donde se desarrolló su imagen, pues el Profeta "le confirió la suerte de vínculo con la divinidad" ¹⁷, lo que viene a extender la simbología y la estética del caballo hasta los ámbitos culturales más insospechados del Imperio Islámico.

R. Raswan, «Vocabulary of Bedouin words concerning horses», *Journal of Near Eastern Studies*, 4:2 (1945), pp. 97-129.

¹³ *Corán* 3:12, dice: "El amor a las pasiones, tales como las mujeres, los hijos, quintales atesorados de oro y plata, caballos de raza, animales domésticos y tierras de labor, se ha hecho hermoso para los hombres. Eso es el goce de la vida mundanal, pero junto a Dios está la hermosura del retorno". Igual sentido encontramos en la azora 16, aleya 8. Para las citas coránicas hemos acudido a la edición realizada por Juan Vernet.

¹⁴ *Corán*, 8:62. Mayor vehemencia, por la llamada a la Guerra Santa que no a una simple batalla, se expresa en la azora XVII, aleya 66: "¡Ve contra ellos con tu caballería y con tu infantería!". El primer caballo del Profeta se llamó Sajab, y lo montó para la batalla de Uhud (William Muir, *The Life of Mahomet, with Introductory Chapters on the Original Sources for the Biography of Mahomet, and on the pre-Islamite history of Arabia*, London, Smith Elder, 1858, t. 4, p. 334).

¹⁵ M.^a Jesús Viguera «El caballo a través de la literatura andalusí», en *Al-Andalus y el caballo*, Granada, El Legado Andalusi, 1995, p. 99.

¹⁶ An-Nawawī, *Lo más granado de los Jardines de los Justos = Riyad As-Salihin*, trad. de Zakaríya Maza al-Qurtubí, Granada, Comunidad. Musulmana Española de la Mezquita del Temor de Alláh, 2005, p. 241.

¹⁷ Camilo Álvarez de Morales y Fátima Roldán Castro, «Sobre el caballo en la cultura árabe», en *Ciencias de la naturaleza en al-Andalus. Textos y estudios*, 4 (1996), p. 290.

La literatura nostálgica de siglos postreros enaltecería esos valores tradicionales de la caballería y de las armas, especialmente en la exaltación del ideal combativo: “debes saber que los pueblos que nos han precedido cuidaron siempre y demostraron mucho pundonor con los caballos. En ellos fiaron y se apoyaron durante sus guerras. Por criarlos alcanzaron honor. Los árabes aún sobrepasaron aquella preferencia y cuidado de las otras naciones. Tanto en tiempos preislámicos como en los islámicos, a ninguna otra de sus pertenencias dedicaron tanta solicitud como a los caballos; y es que para ellos representaban su gala y su ornato, objeto eran de su emulación y porfías, su fuerza y su defensa, su gloria y su prestigio”¹⁸.

Son numerosísimas las noticias que acerca del caballo encontramos en cualquiera de los géneros literarios vehículo de expresión de la cultura árabe. Uno de ellos, la literatura de lo maravilloso, ha transmitido la leyenda de la creación del caballo árabe hasta nuestros días. Ésta contiene un enorme trasfondo religioso, así como una extraordinaria carga estética. Según Abū Hāmid *el Granadino* (siglo XI-XII d.C.), recopilador de este tipo de narraciones, la leyenda dice lo siguiente: “cuando Dios quiso crear al caballo le dijo al viento del Sur¹⁹: «Voy a crear a partir de ti una criatura que será la gloria de mis seguidores, la ruina de mis enemigos y el adorno de los que me obedecen». Luego creó al caballo y dijo: «Te llamo caballo y te hago de raza árabe; a tu crin anudo el bien²⁰, y se conseguirán botines cabalgando sobre tu lomo; la honra estará contigo dondequiera que estés, y te hago señor de los animales [...]; te he distinguido con la característica del rayo sobre el resto de los animales, te he concedido la querencia del corazón de tu dueño, y te he permitido que vuelas sin alas; sirves para perseguir y

¹⁸ Ibn Hudayl, *ob. cit.*, pp. 63-69.

¹⁹ El viento del Sur es, según la tradición árabe, uno de vientos del Paraíso, y su propiedad es fecundante.

²⁰ Hay un hadiz que dice: “El Profeta aseveraba: «el caballo lleva anudado el bien a su copete, hasta el día del Juicio Final» [...]; sobre el sentido de ‘el bien’, el Profeta contestó que eso significaba «la recompensa eterna y el botín en esta vida» (Ibn Hudayl, *ob. cit.*, pp. 56). Este mismo autor explica que “se entiende por ‘copete’, en estos contextos, las guedejas de pelo que caen sobre las frentes de los caballos; por extensión se denomina así al espíritu, cuando decimos: «fulano tiene un espíritu bienaventurado», y utilizamos para expresarnos la misma palabra *copete*” (*idem*, p. 58).

para huir; sobre tu lomo montaré a unos hombres que me glorificarán, alabarán y aclamarán y me serán fieles; glorifícame cuando me glorifiquen, alábame cuando me alaben y aclámame cuando me aclamen» [...]. Luego lo envió a la tierra y el caballo se puso a relinchar [...]: «Yo te bendigo y humillo con tu relincho a los asociadores, llenando con él sus oídos, haciéndoles pasar la noche despiertos, dejándolos cabizbajos». Dijo: Y reuniendo todo lo que había creado se lo mostró a Adán y dijo: «¡Adán!, escoge de lo que he creado lo que quieras»; y Adán escogió al caballo. Y dijo Dios, alabado y ensalzado sea: «Has escogido tu gloria y la de tus descendientes, será eterna mientras vivan, y se reproducirán hasta el final de los siglos. A ti y a ellos os bendigo, no he querido tanto como a ti a ninguna otra de mis criaturas». Luego Dios le imprimió la magnificencia, la belleza y la gloria, que se perpetuarán en su descendencia”²¹. “Le marcó Dios luego con una pinta y un lucero, que a Él, así, se deben”²².

Del primer siglo de la Hégira proviene casi con seguridad la leyenda de la procedencia genealógica del caballo árabe, recopilada por Ibn al-Kalbī (m. 204 H./809 d.C.), que recoge una versión atribuida al primo y compañero del Profeta Ibn ʿAbbās sobre la domesticación del caballo. Esta versión remonta la leyenda a Ismael, hijo de Abraham, ancestro de los árabes, y narra que, cuando Ismael vivía en La Meca, “cierto día encontró en su puerta cien caballos salvajes que Dios había hecho salir del mar y había dirigido hacia la Ciudad Santa para pacer en sus alrededores. Con la ayuda de Dios, Ismael los domó, los emparejó y fue el primer hombre en montar un caballo, como anteriormente fue el primero en hablar el árabe”²³.

Según otra tradición, de la cual se hizo eco el propio Profeta en el *Corán*, el rey David, también profeta para los musulmanes, tenía una gran querencia hacia los caballos, de los cuales reunió mil, todos los que entonces había en la tierra. Su hijo Salomón los heredó, de manera

²¹ Abū Ḥāmid Al-Garnāfī, *Elogio de algunas maravillas del Magreb*, Introd., trad. y notas de Ingrid Bejarano, Madrid, ICMA, 1991, pp. 215-216.

²² Ibn Ḥudāyl, *ob. cit.*, p. 48. Este autor también recoge la leyenda de la creación del caballo árabe, 45-47.

²³ Farouk Mardam-Bey, «L'origine légendaire du cheval arabe», en *Cheval et cavaliers arabes dans les arts d'Orient et d'Occident*, Paris, Institut du Monde Arabe, Gallimard, 2002, p. 23.

que decía que a ningún legado de David apreciaba tanto como a esos caballos ²⁴. Cuenta la leyenda que cierto día quiso conocer a cada uno de ellos por sus características, nombres y genealogías, y empezaron a mostrárselos pasada la oración del mediodía. Llegado el rezo del atardecer, aún seguía Salomón contemplándolos: “no había ninguno que no fuera excelente, hasta el punto de que le hicieron olvidar las oraciones. En esto se puso el sol, llegando a desaparecer de la vista y Salomón se apercibió, recordando los rezos, y pidiendo perdón a Dios Altísimo: «Ningún bien hay en una riqueza que provoca el olvido de Dios y de las oraciones, ¡traédmelos de nuevo!» Había ya contemplado novecientos, y restaban sólo cien; trajeron pues a esos novecientos, mientras Salomón, repentinamente, decidía quebrarles patas y cuellos, compungido por haber descuidado la oración de la tarde. Quedaban cien caballos, que aún no habían desfilado ante él, y refiriéndose a ellos manifestó: «Éstos me son mucho más caros que los otros novecientos, causa de mi desvío». Y los conservó” ²⁵. De este modo, todos los caballos procederían de aquéllos cien perdonados por Salomón. Si seguimos en este punto las más antiguas leyendas árabes, las que nos proporciona la poesía preislámica, el primer caballo que llegó hasta los árabes provendría de uno de los sementales que Salomón regaló a la tribu de los ‘Azd, en Yemen. De ese caballo serían descendientes cuatro de las siete familias equinas de la tradición ²⁶.

Otro tipo de literatura, la de carácter jurídico, incide en los valores atribuidos al caballo por el Profeta, especialmente en el ámbito religio-

²⁴ Esta tradición bíblica y coránica podría tener su registro arqueológico bien documentado en las grandes estructuras halladas en las excavaciones de la antigua ciudad de Meggido, conocidas como Establos de Salomón (Fabio Bourbon y Enrico Lavagno, *Tierra Santa. Guía de arqueología*, Madrid, LIBSA, 2005, pp. 92-95). Muhammad Asad, entiende que “la historia del amor de Salomón por los caballos quiere mostrar que todo verdadero amor a Dios acaba reflejándose en apreciación de, y reverencia por, la belleza creada por Él” (*El mensaje del Qur'an*, trad. del árabe y comentarios Muhammad Asad; trad. al español Abdurrasak Pérez, Almodóvar del Río, Córdoba, Junta Islámica, 2001, p. 686, nota 31).

²⁵ Ibn Hudayl, *ob. cit.*, pp. 48-49.

²⁶ François Viré, *E.I.*, 2ª ed., t. II, s.v. «faras», p. 804. Sobre los más que probables y reales antecedentes de la llegada del caballo a la Península Arábiga, véase Carlota Sánchez-Moliní, «El origen del caballo árabe», en *El saber en al-Andalus. Textos y estudios*, I, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1997, especialmente pp. 175-177.

so, como elemento partícipe fundamental en la guerra santa. De ahí que el hadiz esté lleno de alusiones favorables a, por ejemplo, el cuidado diario que precisaba el caballo, lo que incluso llegaba a ser una vía para obtener el favor religioso: “ha dicho el Profeta: «Debéis cuidar a los caballos, que en sus lomos está vuestro seguro y en sus vientres vuestro tesoro»”²⁷. El cuidado del caballo debía ser, por ello, preferentemente personal. Existen, a este efecto, diversas tradiciones que refieren que Muḥammad tenía caballos, los criaba y los amaba. ʿĀ’īša, compañera del Profeta, se levantó cierta mañana y le vio acariciar su caballo “con sus propias ropas, y le habló: «Profeta de Dios, ¿con tus ropas!? [...] ¿No me encargaste que yo le diera la alfalfa?» «Bien, ¿pero no querrás recibir tú sola la recompensa entera? Gabriel me ha dicho que Dios me cuenta cada grano que come mi caballo como un acto meritorio»”²⁸.

Este hadiz se relaciona con otro, en el que Muḥammad dice: “los caballos pueden dividirse en tres grupos: los que son una carga para su propietario, los que le escudan y los que lo hacen merecedor de recompensas”. Los primeros serían “los criados por presunción o por soberbia o para causar daño a los musulmanes”, motivo de tormento para su dueño. Los del segundo grupo son los criados para la causa de Dios y su dueño “no olvida lo que debe a Alá en relación con sus lomos y cuellos”; y los del tercer grupo son los criados “en prados y jardines para ser utilizados en la causa de Alá por los musulmanes. Todo aquello que comen en los prados o jardines es tenido en cuenta como buena obra de su dueño, incluso sus boñigas y orines cuentan como un número igual de buenas obras por su parte. Cuando su dueño los conduce por un arroyo y beben, sea ésta la intención del propietario o no, cada sorbo que beben es contado como una buena obra”²⁹.

²⁷ Ibn Huḍayl, *ob. cit.*, p. 52.

²⁸ *Ídem*, p. 64. Son numerosas las leyendas en este sentido. Resulta significativa la transmitida por ʿUmar b. ʿAbd al-ʿAzīz, que dice: “el Profeta dijo: «quien posee un caballo de raza árabe y le trata bien, Dios le tratará bien a él, pero si lo descuida, Dios se desentenderá de él»” (*ídem*, 65). Del mismo modo, el maltrato hacia el caballo era censurable y hasta condenable: “el Profeta vio a un hombre pegando a su caballo, y le habló: «¿Así le tratas?, ya eres presa del fuego del Infierno». Intercedieron por él, y contestó: «No, a menos que pelee por Dios en la Guerra Santa». Así lo hizo aquel hombre, repitiendo siempre: «Por testigos de mi reparación os invoco»” (*ibídem*).

²⁹ Imán Nawawī, *El Jardín de los Justos*, trad. Mercedes Zorrilla, Girona, Tikal, [s.d.], p. 295.

La supra valoración de este acto religioso llega hasta el extremo de que ni tan siquiera se precisa la posesión de un caballo, sino que la buena querencia hacia el animal es suficiente pues, según la tradición, “Dios recompensará al hombre que guarde a los caballos, aunque no críe ninguno. Y si con ilusión sincera piensa que criará alguno, Dios le otorgará el premio reservado a los mártires”³⁰. La crianza del caballo, pues, tenía igual valor que cualquier otro precepto religioso: “«Quien cría a un caballo para servir a Dios, tiene igual recompensa que quien ayuna sin descuidos, o quien cumple todo deber religioso sin desidia. El que siempre tiene dispuesta la mano para dar limosna es como el que continuamente atiende a su caballo»”.

En un plano mucho más pragmático, del cual podría decirse deriva la compleja simbología que posee el caballo en la sociedad árabo-islámica, éste cuenta con numerosas virtudes para la vida cotidiana que hacen que destaque sobre otros animales domésticos. De entre las cuales cabe destacar su resistencia, mayor que la de cualquier otro animal, su energía, y lo económico que resulta su mantenimiento, pues “en circunstancias críticas puede pasarse con muy poco, como también se satisface con lo mínimo durante marchas nocturnas, cruce de desiertos y todo tipo de viajes”³¹. De ahí que la pureza de la raza del caballo, clave para mantener sus valores, fuera muy apreciada por los árabes y fuera considerada de gran importancia, hasta el punto de que se cuenta que el Profeta “Ilegó a prohibir que las yeguas purasangre fueran apareadas con machos de diferente raza, es decir, asnos o caballos de poca casta, como muestra de su celo y cuidado en que no degenerara la especie”³².

Esas características de raza distinguen, muy por encima de otras, al caballo árabe, y por ello son descritas con una enorme profusión de detalles en los tratados específicamente dedicados a la hipología, hipiatria o agricultura. Sus imágenes estéticas se plasmaron en la poética. Las descripciones aportan detalles derivados, especialmente, de las formas de las diferentes partes del animal, de las capas, manchas, luceros, etc., y de las cualidades psíquicas. Sin duda, la belleza del conjunto de esas cualidades “guarda proporción con su perfección, y es indicio de pure-

³⁰ Este y el siguiente hadiz están tomados de Ibn Hudayl, *ob. cit.*, p. 59.

³¹ *Ídem*, p. 60.

³² *Ídem*, p. 63.

za de raza y vigor. Cuando todo esto coincide en un mismo caballo se da la calidad máxima”³³. Los calificativos más constantes de las descripciones son armonía y equilibrio de formas, así como la elegancia, motivos estéticos especialmente apreciados y resaltados continuamente en el caballo.

Ibn al-^cAwwām *el Sevillano*, en su *Libro de agricultura*, dedicó una especial atención al caballo, y realizó una detallada exposición “de las formas y cualidades elegantes de algunos miembros del caballo por donde se indica su generosidad, su nobleza y sufrimiento”³⁴. Las descripciones se complementan con ilustrativos versillos que aderezan la lectura, tomados de los diferentes ámbitos literarios de la extensísima cultura árabe, haciendo de este dilatado capítulo un agradable paseo por la anatomía equina que imbrica, a un tiempo, la realidad física con la dimensión simbólica. El caballo árabe³⁵, según las descripciones de los autores árabe-islámicos, “ha de tener la cabeza pequeña y alargada, con orejas delgadas, levantadas y agudas; su copete ha de ser poblado y de tacto suave —*no sea el copete del caballo / sobre la frente péndulo ni raro*—; los ojos se prefiere que sean de un aire soberbio e iracundo, vivos, y juntamente grandes, limpios, negros, de firme vista, bien rajados, de largas pestañas, que alce la vista a lo que causa el terror y espanto del perro, y de un mirar agudo y oblicuo, que se vuelva y revuelva hacia varias partes; es bueno que tenga las narices bien abiertas. Imru’ l-Qays dice sobre esto: *que la cavidad de ellas sea como la del león para que*

³³ *Ídem*, p. 83.

³⁴ Ibn Al-^cAwwām, *Libro de agricultura*, trad. y notas de José Antonio Banqueri, Madrid, 1802, t. II, p. 493.

³⁵ Los detalles descriptivos del caballo que a continuación resumimos, mucho más extensos en *ídem*, pp. 493-502, de donde los hemos tomado. Los diferentes autores árabes describieron al caballo de una manera bastante similar y tradicional. A diferencia de los autores de la Europa occidental, en los autores árabes medievales se trasluce una visión *externa* del caballo, y cuando se describen los músculos, se ponen en relación unos con otros dándoles a estos, generalmente, nombres de aves. Esta forma de descripción no se debía tan sólo a un sólido conocimiento del animal, sino para “probar la habilidad del autor para recopilar el mayor número de palabras referidas al caballo” (Zsuzsanna Kutasi, «The horse as seen by a medieval Arab Scholar Abū ^cUbayda: *Kitāb al-jayl*», en *Essays in Honour of Alexander Fodor*, Budapest, Eotvos Lorand University, 2001, p. 160). Fue Ibn Sīda (m. 488 H./1066 d.C.) quien hizo el mejor compendio basándose en las obras de sus predecesores en su *Mujassas* (*ibídem*).

pueda respirar si llega a cansarse y fatigarse; es requisito que el caballo sea bocón o de boca bien rasgada por uno y otro lado, y larga; el cuello se requiere que sea blando y largo, y los hombros altos, y lo mismo la cruz o donde tienen su origen las espaldas; se requiere que sea ancho de pecho y de grandes costados y vientre, y bien extendido de vacíos; parece bien en él lo levantado de sus ancas, que es donde se sienta y acomoda el segundo jinete, cuya depresión es cosa chocante —*ancas semejantes a un almohadón / son como regazo de igual descendión*—; es excelencia en el caballo ser largo de cola y corto de *‘asīb* ³⁶ y que encorve su cola en la expedición de una batalla; lo cual fuera de parecer muy bien, es, según se dice, una de las cosas que más se le requiere; las cuartillas han de ser gruesas y enjutas —*semejanza entre cuartillas y cuello grueso ha de haber / y así se mantendrá firme junto a la fuente al beber*—; los cascos se [precisa] que sean duros, y negros y acopados, y anchos juntamente; los dientes parejos y de igual tamaño; la lengua larga, lo cual contribuye a que marche con más desahogo”.

A su vez, sus mejillas deben tener forma oval, “y que sean amplias y lisas. Esta forma oval debe ser alargada; amplitud en la frente, que no le nazcan pelambreras y que su piel sea tersa; corta dimensión del espaldar; los brazos deben ser cortos y es conveniente que el esternón vaya inclinado y conviene que la región interaxilar sea suave y sin pelambrera” ³⁷. Ibn Hudayl concluye la descripción física del caballo recordando la conveniencia que hay en que “contenga formas de otros animales” ³⁸, para lo cual remite a los famosos versos que Imru’ l-Qays, el poeta preislámico, compusiera:

*... y parto al alba, las aves aún no han dejado el nido
en mi recio corcel, de suave capa, batidor de fieras.
Tan pronto se adelanta como esquivia, larga y retrecha*³⁹,
cual roca que un torrente despeña desde lo alto.

³⁶ Es el hueso de la cola con la piel que lo recubre.

³⁷ Ibn Hudayl, *ob. cit.*, pp. 85-89.

³⁸ *Ídem*, p. 92.

³⁹ El traductor ha tratado, con acierto, de recoger la fuerte onomatopeya del original árabe que describe vívidamente el galope del caballo, antológica en la literatura de esta lengua: “*mikarrin, mifarrin, muqbilin, mudbirin, ma‘an*” (Helmi M. I. Nasr, «Aspectos da poesia árabe pré-islâmica», en *Videtur*, 2, (s.d.), recurso electrónico que se puede consultar en <http://www.hottopos.com/videtur2/nasr.htm>).

*Es rojo. Se derrama la crin por su crinera,
 como lluvia que cae sobre el guijarro liso.
 Aún fogoso, cuando otros purasangre exhaustos,
 arrastran polvareda del pedrizal hollado.
 Sigue impetuoso, mientras su furia bulle,
 y el fragor de sus cascos es hervor de caldero.
 Al mozo ligero arroja de sus lomos,
 y al que se aferra con todo su peso, desviste.
 Rauda como la peonza a un cordel liada
 que un niño descorre luego con sus manos.
 Reúne de avestruz, patas; de antílope, lomos;
 presteza de lobo y acucia de zorro*⁴⁰.

Es rojo, refiere el poeta... y ello porque la capa del caballo es un rasgo distintivo de su aspecto físico, tanto, que en numerosas ocasiones se designa al animal mediante el término que concretamente define su coloración. Ibn Hudayl destaca cuatro fundamentales, que son “el blanco, el negro, el rojo y el amarillo, que en realidad pueden reducirse a dos, el blanco y el negro, siendo los demás derivaciones de ellos”⁴¹. Existen, además, múltiples combinaciones entre capas y manchas o veteados, y los distintos nombres que el caballo recibe por ello. Por ejemplo, “si tiene capa blanca, con mancha de color diferente, se llama «pío» (jaspeado); si estas manchas son más pequeñas, se llama «pío negro» (moteado); si las manchas son más grandes que la capa, se llama «negro pío» o «picazo» (amonedado)”.

De la coloración de los caballos tan sólo se puede sacar en claro una cosa, y es que ninguna capa desmerece al animal: “refiere Abū Qatāda que el Profeta dijo: «El mejor caballo es el negro hito con un pequeño lucero, tresalbo, sin calzar en una extremidad del lado derecho. Y después del negro, el rojo, con iguales características»; en transmisión de Abū Wahb al-Ŷušamī, el Profeta habría dicho: «Os recomiendo el caballo bayo, con luceros y calzado; o el negro hito de iguales características»; por su parte, Ibn ʿAbbās transmite como dicho por el Profeta: «Los más venturosos son los caballos de color bayo bermejo»; mientras

⁴⁰ Ibn Hudayl, *ob. cit.*, p. 93. Véase también la traducción de esta *muʿallaqa* en Federico Corriente, *ob. cit.*, pp. 71-77; estos versos se encuentran en la página 75.

⁴¹ Ibn Hudayl, *ob. cit.*, p. 95 y 96, la siguiente cita textual.

que Nāfi^c b. Ŷubayr refiere que el Profeta decía: «Tienen buena estrella los de color peceño-albazano»⁴².

También resulta extremadamente importante la nomenclatura que recibe el caballo según sean sus manchas, “que son casi siempre blancas”⁴³; los luceros, que sólo se encuentran en la cabeza del caballo y son de color blanco “siempre que sea mayor que una moneda *dirham*, ya que si son más pequeños pasan a denominarse *estrellas*”; y las calzas, “todo blanco que esté en el tobillo, o cerca de él, por extensión”. Resulta obligado detenerse en este punto, ya que, según el número de calzas que un caballo tiene, es más o menos apreciado, e incluso se le añaden o restan virtudes, según la época y los gustos. También es importante hacer notar que, al igual que sucede con las capas, en ocasiones el término utilizado para referirse al caballo es aquel que denota el número de calzas que éste tiene. De ahí que pueda ser *unalbo*, cuando el caballo “tiene blanco un solo pie, lo cual, para los árabes, es funesto, pero si le acompaña otro blanco en algún otro lugar, el mal agüero se compensa”; *tresalbo*, aquel animal que tiene tres calzas; o *cuatralbo*, al caballo que tiene calzas en sus cuatro patas. No existe un nombre explícito para los que tienen dos calzas ya que, según la tradición, el Profeta aborrecía a los caballos de estas características. Sin embargo, cuando “el blanco afecta a dos miembros enfrentados, como por ejemplo la mano derecha y el pie izquierdo, o al revés, se llama «trastrabado diagonal», o más explícitamente, «de argel del pie de cabalgar y mano de la lanza»”. Cabe la posibilidad de que las dos calzas se encuentren en las patas delanteras, por lo que se denominaría *manialbo*, o en las traseras, *pisalbo*.

En la descripción del caballo árabe viene a ser un elemento fundamental su carácter, pues éste define al animal confiriéndole unas aptitudes que hacen que sea más o menos apreciado. A este efecto, las consideraciones medievales son extremadamente curiosas y, por ejemplo, se tenía la creencia de que la capa del animal influía decisivamente en su carácter, pues “las complexiones de los caballos no se pueden conocer sino por los colores, [...] porque como la sangre es bermeja, la cólera amarilla, la melancolía negra, y la flema blanca, así la color del caballo

⁴² *Ídem*, pp. 107-108.

⁴³ Todas las citas sobre las manchas han sido tomadas de Ibn Hudayl, *ob. cit.*, pp. 99-103.

que más allegada estuviere á uno de estos quatro humores, aquella será por la mayor parte su complexión”⁴⁴. Asimismo, los cuatro elementos de la naturaleza influían en la calidad y complexión del caballo, “conformándose con aquel de que más participan: si toman del elemento de la tierra más que de los otros, serán melancólicos, terreros, pesados y viles, como suelen ser los morcillos; y si toman más del elemento del agua, serán flemáticos, blandos y tardíos, como suelen ser los blancos; y si toman del elemento del aire, serán sanguíneos, alegres y ligeros, y de templado movimiento, como suelen ser los castaños; y si toman más del elemento del fuego, serán coléricos, ardientes y veloces, como suelen ser los alazanos. Mas el caballo que con la debida proporción participare de todos quatro, este será tal perfecto”⁴⁵.

De entre todas las cualidades psíquicas, la más apreciada es la nobleza, y ésta siempre viene de casta. La pureza de raza hace que el caballo tenga prestancia para la doma y obediencia al jinete, y le confiere además atributos físicos como viveza y brío. También es admirado el caballo valeroso, consecuencia del buen corazón del animal, así como su ligereza. En el *Libro de las utilidades de los animales*, del siglo XI d.C., se resaltan las cualidades positivas del caballo en contraposición a las negativas del lobo: “es característica su suavidad de movimiento y lo bien que corre con la cabeza erguida bajo el jinete. Le gusta que lo monten, y conoce la marcha. Le gusta aparearse, pero no los hijos. Es celoso. Se caracteriza por que, cuando defeca en la huella donde lo ha hecho el lobo, tiembla y sale de su cuerpo vapor”⁴⁶.

En cuanto a la complexión, los caballos pueden ser “rápidos y resistentes, resistentes pero no rápidos, rápidos pero sin resistencia, o carecer, en fin, de ambas cualidades. El primer tipo, rápido y resistente, es el de perfecta conformación, bella estampa, fuerte temperamento y larga respiración”⁴⁷. Ibn al-^cAwwān va más lejos y, sobre las buenas

⁴⁴ Así lo expresó Pedro de Aguilar en su *Tratado de la caballería de la Gineta*, que no hemos podido consultar; tomamos la cita de Ibn al-^cAwwān, *ob. cit.*, p. 486.

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ *Libro de las utilidades de los animales*, prólogo, trad. y notas de Carmen Ruiz Bravo-Villasante, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1980, p. 18. Carmen Ruiz atribuye el manuscrito al célebre médico sirio Ibn Bajtišū^c quien, al parecer, basó gran parte de sus obras en las de Aristóteles y Dioscórides.

⁴⁷ Ibn Hudayl, *ob. cit.*, pp. 127-128.

propiedades de los caballos padre para la monta, “dicen los prácticos en esto, que los mejores para este fin son los que fueren muy robustos, de engallado cuello y cabeza, de regular talla y largura, de un pisar firme, sanos y briosos, y que tenga de seis a quince años”⁴⁸. Además, el caballo debe llevar “erguida la cabeza, y ser perspicaz y reaccionar con viveza cuando se le monta o cuando se le hace moverse [pues] vigor general y energía son cualidades inseparables y complementarias”⁴⁹.

Todas estas características que acabamos de referir sobre el caballo son elogiadas reiteradamente en obras de carácter dispar de la literatura en prosa como, por ejemplo, en la *Disputa de los animales contra el hombre*. Cabe destacar la defensa que el hombre hace del caballo en los siguientes términos: “Dijo el rey al hombre: ¿En qué consiste esa excelencia del caballo? [...] Contestó éste: Se trata de cualidades dignas de elogio, de virtudes hermosas y de una conducta admirable [...]; tiene una bella estampa, pureza de color, los miembros son proporcionados y su pelo es hermoso; es rápido en la carrera, obedece al jinete adondequiera que lo mueva [...]; se dirige al combate [...]; es inteligente, posee excelentes sentidos y tiene buenos modales”⁵⁰.

Estas virtudes, tanto físicas como psíquicas, conforman el ideal que permite que el caballo sea admirado y respetado en la sociedad árabo-islámica. Las connotaciones que derivan de ello vienen a repetirse una y otra vez como tropos plenamente aceptados en el correr de los siglos. Recreo continuo de los juegos comparativos de la poesía árabe clásica fue, pues, el caballo, “uno de sus temas por excelencia estéticos y a la vez heroicos”⁵¹, aunque en ningún momento haya constituido un tema propio⁵². Que las más bellas imágenes sobre el caballo se den en este género no es fruto de la casualidad, pues los más inspirados compositores de versos incluyeron la razón estética del caballo en sus dimensiones, tanto real como simbólica. Veamos, pues, una muy so-

⁴⁸ Ibn al-^cAwwān, *ob. cit.*, pp., 486.

⁴⁹ Ibn Hudayl, *ob. cit.*, pp. 125 y 130.

⁵⁰ *La disputa de los animales contra el hombre (Traducción del original árabe de la disputa del asno contra fray Anselmo de Turmela)*, trad. de Emilio Tornero, Madrid, Universidad Complutense, 1984, p. 45.

⁵¹ M.^a Jesús Viguera, *art. cit.*, p. 111.

⁵² François Viré, *art. cit.*, p. 805.

mera relación de la ingente producción poética que puedan ayudarnos a ilustrar estas palabras.

Quizá debamos destacar, por encima de otros valores del caballo, el militar, pues desde tiempos remotos la defensa y el ataque se realizaban más efectivamente sobre una montura, actividades, por otro lado, muy cotidianas. Ya en época preislámica la solidaridad con los miembros del grupo⁵³, quizá el elemento aglutinador más destacable de esta sociedad, permitía al individuo participar en lances tribales tales como, por ejemplo, la venganza de la sangre⁵⁴, cuya importancia aparece reflejada en repetidas ocasiones en la poesía:

*... dijo: "satisfaré mi venganza y luego contendré
a mi enemigo, al frente de mil embridados caballos"*⁵⁵.

De ahí la importancia de la defensa de los bienes comunales, igualmente idealizados:

*...He protegido el aduar con armas cabalgando
un corcel cuya brida es mi collar desde que amanezco*⁵⁶.

Las primeras conquistas en nombre del Islam, eran también mucho más efectivas si se realizaban a caballo. Los distintos tipos de ataque precisaban de la montura unas características particulares, de modo que era preferible "usar yeguas para algaras y expediciones nocturnas, es decir para ataques por sorpresa. Los sementales son más convenientes cuando se entabla combate por líneas, se mantiene una posición defensiva, han de hacerse marchas, guerrear, y otras acciones marciales descubiertas. Los caballos castrados se eligen para emboscadas y para ir en vanguardia, porque resisten más y son capaces de mantenerse más tiempo en tensión"⁵⁷. La entrada en combate simboliza el valor y el coraje, del que el caballo participa vívidamente cuando el jinete lo alienta a la lucha... En este sentido, los tropos más significativos destacan el

⁵³ En árabe, *‘aşabīya*.

⁵⁴ Muy similar a la ley del talión, que los árabes denominaban *ta'r*.

⁵⁵ Federico Corriente, *ob. cit.*, p. 95; los versos son del poeta Zuhayr.

⁵⁶ *Ídem*, p. 106.

⁵⁷ Ibn Hudayl, *ob. cit.*, p. 134.

coraje y la velocidad del animal, virtudes aprovechadas por la poesía para engrandecer las tan sugerentes imágenes:

*)Es un corcel lo que ha pasado ante mis ojos, o
una estrella fugaz que cruzó rápida como el relámpago
encendido por la tormenta?
... y siempre que corre piensa que la aurora viene a
pedirle la restitución, mas no le alcanza.
Cuando se lanza veloz contra el enemigo, las estrellas se cansan
de seguirlo y
[las nubes pierden su rastro ⁵⁸.*

Consecuencia directa de ello es que los buenos jinetes son destinatarios de grandes elogios, y provocan la admiración generalizada de quienes los observan. En este sentido son famosos por su coraje y dominio de la montura los bereberes, cuya habilidad se remonta en los tiempos, suscitando respeto y miedo en la guerra. Cuenta el cronista andalusí Ibn Ḥayyān que al-Ḥakam II era reacio a instalar tropas bereberes en Córdoba dada la aversión que les tenía. Pero, una vez permitida su presencia en la corte, se asomó cierto día “desde la alcazaba de la Dār al-Rujām (=Casa de Mármol), en cuyo patio hacían alarde los soldados los días en que recibían las pagas, para contemplar a los jinetes bereberes, cuando evolucionaban jugando, y no les quitaba ojo, lleno de asombro. “Mirad —decía a los que le rodeaban— con qué naturalidad se tienen estas gentes a caballo. Parece que es a ellos a quienes alude el poeta [Mutannabī] cuando dice:

*Diríase que [los caballos] nacieron debajo de ellos,
y que ellos nacieron sobre sus lomos.*

¡Qué asombrosa manera de manejarlos, como si los caballos comprendiesen sus palabras!”. Y los que le oían se maravillaban de la rapidez con que había cambiado de opinión respecto de los bereberes” ⁵⁹.

⁵⁸ Emilio García Gómez, *El libro de las banderas de los campeones de Ibn Saʿīd al-Magribī*, Barcelona, Seix Barral, 1978, p. 44.

⁵⁹ Ibn Ḥayyān, *Anales palatinos del califa de Córdoba al-Hakam II*, trad. por Emilio García Gómez, Madrid, 1967, pp. 228-232.

La poesía realzaría en numerosísimas ocasiones el lucimiento del jinete por su habilidad en la lucha, de donde resultan estampas de una enorme carga estética:

*Mi diestra regalaba el día de los dones,
y mataba, el día del combate;
mi izquierda sujetaba todas las riendas que domeñaban
a los corceles en campos de batalla* ⁶⁰.

La compenetración entre el jinete y la montura era una peculiaridad destacada y destacable, y ello se conseguía, principalmente, por la obediencia del animal a las órdenes que se le daban, lo que se consideraba una de las más excelentes virtudes del caballo:

*... Obediente es mi montura; me acompaña do quiero el
corazón: con firme orden lo muevo* ⁶¹.

En la estrategia militar la doma y el dominio del caballo para lograr la victoria son vitales, así como las distintas agrupaciones, por la función específica que cada una de ellas debe llevar a cabo y las técnicas empleadas. Un ejemplo de éstas era el *tornafuy*, de origen beduino. Fue imitada y llamada de igual modo por los cristianos, y consistía en ataques bruscos y repentinas retiradas. La describió don Juan Manuel en su *Libro de los Estados* con gran admiración: "Et sabet que non cantan nin tienen que le paresçe mal el foir, por dos maneras: la una, por meter los christianos a peoría, por que vayan en pos ellos descabdelladamente⁶², et la otra es por guaresçer quando veen que más non pueden fazer. Mas al tiempo del mundo que más fuyen, et paresçe que van más vencidos, si veen su tiempo, que los christianos non van con buen recabdo o que los meten en tal lugar que les pueden fazer daño, cred que

⁶⁰ AL-Muʿtamid, *Poesías*, ed. y trad. de Emilio García Gómez, Madrid, IHAC, 1987, p. 99.

⁶¹ Versos de la *muʿallaqa* de ʿAntara, en Federico Corriente, *ob. cit.*, p. 126.

⁶² Los editores del texto (véase la nota siguiente), aclaran el término en nota como "sin caudillo, desorganizadamente".

tornan entonçe tan fuerte et tan bravamente commo si nunca oviesen commençado a foír”⁶³.

Todo lo concerniente al dominio del caballo en la guerra era aprendido en las escuelas de equitación de los campamentos militares, donde se entrenaba para tal efecto. Este interés repercutió en los tratados dedicados al caballo, que solían incluir apartados para la buena monta y el dominio del animal, detalles sobre cómo darle las órdenes, la correcta colocación de las diferentes armas, la interpretación de los sonidos del animal, o consejos sobre el mejor cuidado para un mayor rendimiento en las lides, todo ello con gran profusión de detalles⁶⁴. El valor arquetípico del caballo “es elemento fundamental e indispensable del heroísmo, de la caballería, de las gestas propias, en pro del mantenimiento del Islam, y de la expansión y triunfo de su poderío”⁶⁵, fomentado muy especialmente desde las bellas letras. En el *adab*, género de carácter enciclopédico, destacan una serie de obras denominadas *paracaballerescas*, muy famosas en la Granada de los siglos XIII a XVI, que “vienen a condensar la cumbre del arte ecuestre andalusí, que sobrevalora significativamente su tradición «árabe», según aparece al menos en sus referencias literarias, cuando en él confluyen importantes tradiciones

⁶³ Don Juan Manuel, *El libro de los Estados*, ed., introd. y notas de Ian R. MacPherson y Robert Brian Tate, Madrid, Castalia, 1991, p. 224.

⁶⁴ Uno de los primeros tratados de equitación conocidos se debe a la erudición del famoso general ateniense Jenofonte (430-355 a.C.). Su amor a los caballos es destacado por su biógrafo del siglo III d.C., Diógenes Laercio, y en su tratado nos ofrece un completo método para amansar al potro, sin malos tratos, sino con halagos; cuidar y asear al caballo, empezando por la cabeza y la crin; calmarlo si es brioso, pues “el brío es al caballo lo que la cólera es al hombre”; o ganarse su voluntad enseñándole a caminar montado como lo hace de forma espontánea cuando está contento y satisfecho, con la rienda suelta y el cuello muy erguido, encorvando la parte de atrás de la cabeza (Frank Trippet, *ob. cit.*, t. I, p. 52).

⁶⁵ M.^a Jesús Viguera, *art. cit.*, p. 108. El valor estratégico del caballo era tal, y tan importante también su significado como elemento fundamental en la expansión y defensa del Islam, que desde los inicios de la conquista árabe de la Península Ibérica se dictó la prohibición del uso de caballos de monta a los *dimmi*, es decir, a cristianos y judíos, restricción que seguiría vigente durante siglos, pero limitándose a los caballos de pura raza una vez el proceso de conquista y expansión del Islam fue reduciéndose (María Antonia del Bravo, *Sefarad. Los judíos de España*, Madrid, Sílex, 2001, pp. 117, 133; y Francisco Vidal Castro, «Venta de caballerías en el Toledo taifa y cristiano (ss. XI-XII)», en *Qurṭuba*, 2 (1997), pp. 221-222).

persas y bereberes”⁶⁶. Sin embargo, la dimensión ejemplificadora de los héroes impregna todos los tipos de fuentes, de ahí el gusto literario por la educación mediante normas esenciales, con una intención clara: “fomentar el espíritu guerrero, además de su práctica”⁶⁷. Esa exaltación del *ímpetu guerrero* se transmitirá mediante modelos o *exempla*, y será una constante en la educación de futuros monarcas: “conveniente es para el Príncipe ordenar que se lean, con frecuencia, en su Corte, libros que traten de las guerras y expediciones de los Persas [...], de los fastos bélicos de los Árabes [...], la conquista de Siria [...], la actuación militar del Profeta [...], las batallas ecuestres [...], la estrategia. Conviene, así, rememorar a los antiguos héroes, por su arrojo famosos, por su osadía notados; que por su valentía sobresalieron entre su gente, y que, por su misma bravura, lograron honor”⁶⁸.

Las virtudes caballerescas o *furūsiyya*, son, precisamente, el dominio de esos conocimientos prácticos y teóricos del animal, es decir, el arte del bien montar a caballo y su conocimiento. Eran varios y debían ser conocidos bien por los jinetes: la equitación, la doma del caballo, el entrenamiento del caballero en las artes de la lanza y las técnicas de combate, el uso del arco a pie y a caballo, la caza y el juego del polo. Otros mucho menos prácticos pero igualmente importantes eran los conocimientos veterinarios, los de los tipos de armas y los del arte de la guerra. Esto daría lugar a una *furūsiyya alta*, cuyas actividades se hacían sobre el caballo; y la *baja*, que se hacía en el suelo. La institución de la *furūsiyya* según el conjunto de esas actividades derivó en una *noble* o de corte (*al-furūsiyya al-nabīla*), propia de la corte ‘abbāsī; y la militar (*al-furūsiyya al-ḥarbiyya*), centrada en la formación y entrenamiento del guerrero a caballo⁶⁹.

El caballo, en la guerra, es el compañero del jinete hacia el Paraíso. En la *Llamada a la guerra contra los cristianos* del poeta andalusí Ben

⁶⁶ M.^a Jesús Viguera, *art. cit.*, p. 105.

⁶⁷ *Ídem*, p. 108.

⁶⁸ Janine Sourdél-Thomine, «Les conseils du sayh al-Harawī à un princepe ayyūbide», en *Bulletin d'Études Orientales*, 17 (1961-1962), pp. 205-266.

⁶⁹ Shihab al-Sarraf, «Évolution du concept de *furūsiyya* et de sa littérature chez les Abbassides et les Mamlouks», en *Chevaux et cavaliers arabes dans les arts d'Orient et d'Occident*, Paris, Institut du Monde Arabe, Gallimard, 2002, pp. 67-68; para mayor información sobre obras de este tipo véanse las pp. 68-71.

Sahl de Sevilla, del siglo XIII, se inflama el espíritu del guerrero con la promesa de la eternidad:

*Acudid a la aguada de la guerra, su éxito es seguro;
es alcanzar la gloria en este mundo
y conquistar la vida eterna.
La guerra santa os llama a una victoria oculta
que se os muestra entre los enjutos caballos de raza.
Dejad los aduares por la morada eterna
y navegad por el mar agitado hacia el verde paraíso*⁷⁰.

La nostalgia y la exaltación patriótica se relacionan con la raza, y el caballo es parte inherente de este sentimiento del poeta musulmán, angustiado ante la pérdida de Sevilla en 1248:

*Árabes que habéis heredado el honor
a través de antepasados ilustres,
Dios compra vuestras almas, vendédselas
y gozaréis la recompensa del Comprador [...]
La religión os llama y sobre vuestras sillas
se eleva el grito de socorro y el deseo de quien lo lanza*⁷¹.

Al margen de la actividad bélica, el caballo era partícipe de otras actividades llevadas a cabo en momentos de ocio, especialmente por las clases más altas de la sociedad. El caballo era elemento indispensable en actividades lúdicas tales como el juego del polo, la montería, la cetrería o las carreras. Quizá el más popular de estos deportes fuera el último de ellos. Según refiere Ibn Hudayl, “los árabes hacían apuestas sobre la rapidez de sus caballos, y denominaban la retribución estipulada para los ganadores *gajes* o *prendas*. La colocaban al extremo de la meta hasta la que [se] iba a correr, sobre la moharra de una lanza, de donde viene la expresión proverbial: *llevarse la lanza*. A la meta se

⁷⁰ Ben Sahl de Sevilla, *Poemas*, sel., trad. e introd. de Teresa Garulo, Madrid, Hiperión, 1996, p. 253.

⁷¹ *Ídem*, pp. 253, 255.

le llamaba asimismo *recorrido* o *extremo*. [...] El lugar de la carrera se llamaba *pista*" ⁷².

Esta actividad no parece que se centrara en una determinada clase social, tanto más cuanto que no se resalta este punto, lo que no sucede en las crónicas al referirse, por ejemplo, a la montería o a la cetrería, esparcimiento favorito de las clases altas, pues la caza en al-Andalus, "fue una de las distracciones favoritas de los soberanos, de sus cortes y de la aristocracia, [...] [quienes] se entregaban a [ellos]" ⁷³. En estos deportes, la atención del poeta se centraba sin embargo, como bien señaló Henri Pérès, más que en el jinete o su caballo, en el perro... ⁷⁴:

{ *[El príncipe caza] con perros capaces de larga carrera, con hocico grande y ojos pequeños, delgados de flancos, collar al cuello y gran experiencia de la caza* ⁷⁵.

...O en el halcón:

El príncipe persigue la presa con halcones que estaban como ligados a su presa,

[provistos de alas clamorosas y de garras rojas.

Sus costados recubiertos como de una tela rayada y sus párpados untados de oro

[a guisa de colirio.

Se les lanzó, fundando en ellos las mayores esperanzas, y volvieron con las

[garras y el pico teñidos [de rojo]] ⁷⁶.

Las crónicas refieren hechos de esta índole en numerosas ocasiones. Durante el emirato omeya, por ejemplo, eran famosas "las largas cabalgadas del al-Ḥakam I por la campaña cordobesa o camino del fuerte de Almodóvar del Río, donde iba a cazar grullas y animales acuáticos" ⁷⁷.

⁷² Ibn Huḍayl, *ob. cit.*, pp. 145-146.

⁷³ Rachel Ariè, *España musulmana (siglos VIII-XV)*, Barcelona, Labor, p. 312.

⁷⁴ Henri Pérès, *Esplendor de al-Andalus*, Madrid, Hipérior, 1990, p. 348.

⁷⁵ *Ídem*, p. 349.

⁷⁶ *Ídem*, p. 352. El autor de estos versos, al igual que de los anteriores, es Ibn Jafāya.

⁷⁷ Rachel Ariè, *ob. cit.*, p. 314.

No cabe duda de que todos estos valores del caballo vienen dados por la utilidad que tenían como montura. Sin embargo, el caballo ofrecía además connotaciones simbólicas de ostentación y poder, pues ya desde la época preislámica “era señal indudable entre los árabes de aristocracia, para necesitarlos, riqueza, para adquirirlos y soportarlos, y bravura, para defenderlos del pillaje”⁷⁸. En el Islam, las clases más altas de la sociedad confirieron al ideal del caballo valores de grandeza y generosidad, pues regalar un corcel de raza distinguía y honraba a quien lo regalara, y a su vez enorgullecía a quien lo recibía: “¡Cuántas veces miden las crónicas la grandeza de los reyes por los espléndidos regalos que hacían o que recibían de soberbios caballos!”⁷⁹. Los elogios, entonces, son la mayor exaltación de generosidad, como sucede en estos versos que el rey poeta Al-Mu‘tamid b. Abbād, dedicó a su padre:

*¡Oh rey, cuyas manos convierten en avara la generosa nube,
al regalarme doncellas de ebúrneos senos, y corceles árabes!*⁸⁰

El mismo poeta incide en este hecho en otros versos de idéntica índole:

*Un corcel me llegó de un generoso, son iguales ¡Qué
generoso es el regalo! (Qué generoso el que me lo regaló!
¡Cuántas veces me has galardonado con el rocío de tu mano!
¡Y ahora este caballo!*⁸¹

La otra vertiente que simboliza la grandeza de un monarca es la posesión de excelentes corceles de raza, tópico de exaltación muy repetido en la poética panegírica:

⁷⁸ Federico Corriente, *ob. cit.*, p. 117, nota 17.

⁷⁹ M.^a Jesús Viguera, *art. cit.*, p. 101. También en la España cristiana sucedía lo mismo. Resulta inevitable recordar en este sentido al Cid quien, en su primera embajada al Rey desde el destierro, envió como regalo “*treinta caballos, todos con siellas e muy bien enfrenados*”, como prueba de su generosidad (*Cantar de mio Cid, op. cit.*, pp. 149-150).

⁸⁰ AL-Mu‘tamid, *ob. cit.*, p. 73.

⁸¹ Lo hemos tomado de Camilo Álvarez de Morales y Fátima Roldán, *art. cit.*, p. 297.

*Los corceles corren rápidos,
a rienda suelta, en tu honor;
aparecen tan rápidos y mudos
como la mirada de los ojos:
uno, alazán, en cuya frente brilla un lucero
que es como la punta coloreada de una flecha;
otro es rojo y corre hacia tu Alhambra, roja y alta;
otro es negro, de poderosas crines que parecen
los ropajes de las alas de la noche;
es como una estrella fugaz en su caída
o un halcón que vuela con las plumas de una flecha;
y otro, amarillo, que parece que se ha sumergido
en un mar de oro fundido;
cuantos luceros de sus frentes corren hacia ti
con ligereza esperando una recompensa* ⁸².

Pero al margen de estas alabanzas más o menos directas, el ideal estético del caballo en la poética árabo-islámica se recreaba de manera especial en su aspecto físico. En este sentido, los vates andalusíes demostraron “por el caballo un gusto tan acusado como los orientales. Sus versos no aportan nada nuevo sobre este animal” ⁸³, de ahí que se estimen las mismas cualidades y permanezca el gusto estético oriental, por lo que “seguíase destacando a los caballos con lucero en la frente y cuatralbos, y se ensalzaba, claro está, entre sus cualidades la velocidad”⁸⁴. Unos versos que ilustran este hecho son los que se improvisaron en la corte de al-Mutawakkil, rey de Badajoz, quien ordenó a sus vates describieran uno de sus caballos, negro, cuatralbo y con una estrella en la frente. Comenzó la tarea Abū l-Walīd al-Nahlī:

*[El príncipe tan hermoso como] la luna llena ha montado un
corcel rápido cuyo más lento paso hace parar al viento.
Este corcel ha revestido la noche como una amplia camisa mien-
tras las Pléyades están representadas por las [siete] marcas de
la grupa.*

⁸² M.^a Jesús Viguera, *art. cit.*, p. 110.

⁸³ Henri Pérès, *ob. cit.*, p. 241.

⁸⁴ M.^a Jesús Viguera, *art. cit.*, p. 110.

El estanque de la aurora le ha servido para bañarse y, al mojar-se, aparecieron sus manchas blancas.

Ibn al-Labbāna agregó:

Cuando vio que las tinieblas formaban su traje, otorgó a sus cuatro [patas la blanca color de] la buena dirección bajo la forma de cuatralbos.

Se diría que en su grupa hay bocas sonrientes que desearían besar sus patas.

E Ibn ^cAbd al-Barr concluyó:

^cUmar [al-Mutawakkil] a lomos de su corcel es como la luna llevada por los cuatro vientos ⁸⁵.

La condición física del caballo servía, en ocasiones, como metáfora ante elementos de la naturaleza. Una de las más usuales era la de la velocidad del animal, tropo por excelencia, que competía con los relámpagos, las estrellas fugaces o el viento. Una imagen de la rapidez del paso del tiempo aparece en los siguientes versos de Ibn al-Zaqqāq pertenecientes a un poema amoroso:

*...en las sombras nocturnas vino a verme,
púdica y fiel, la deliciosa virgen.
Las copas que me dio fueron luceros
que el poniente encontraron de mis labios.
Más la noche corrió vertiginosa,
como un negro caballo gigantesco,
y me dijo, al partir, cuando en lo oscuro
ya reían los dientes de la aurora:
«Pues veo que te bebes las estrellas,
con miedo escapo, para salvar las mías»* ⁸⁶.

A través de la imagen del caballo se podían, además, exaltar virtudes humanas propias o ajenas, como la valentía, expresada en la poética

⁸⁵ Henri Pérès, *ob. cit.*, pp. 241-242.

⁸⁶ Ibn al-Zaqqāq, *Poesías*, Madrid, IHAC, 1956, p. 39.

con la muestra de un deseo ferviente por entrar en combate. Unos versos de al-Mu^ctamid refieren este hecho:

*Así muere la espada, en su vaina, llena de nostalgia
por ser empuñada por la mano;
Así tiene sed la lanza, porque no la esgrime,
y porque mi mano no sacia su sed;
Así el corcel no puede morder el bocado, arrogante,
preparado para la emboscada*⁸⁷.

Este mismo sentimiento de entrar en la lid contra el enemigo, a veces mezclado con la impotencia de la lejanía espacial, aunque cercano mediante el recuerdo, se exalta con la evocación de la lucha empuñando las armas con la montura para recobrar los bienes perdidos. Un bello ejemplo de ello es la *Elegía a la pérdida de la Alhambra*, del ya entonces desterrado rey Boabdil:

*Alhambra amorosa, lloran tus castillos
o Muley Vuabdeli, que se ven perdidos.
Dadme mi caballo, y mi blanca adarga
para pelear y ganar la Alhambra;
dadme mi caballo y mi adarga azul
para pelear, y librar mis hijos.
Guadix tiene mis hijos, Gibraltar mi mujer;
señora Malfata, heziste me perder.
En Guadix mis hijos, y yo en Gibraltar;
señora Malfata heziste me errar*⁸⁸.

Y, con todo ello, las más conseguidas metáforas son aquéllas que funden y confunden las imágenes con gran maestría. Es la razón estética por excelencia, aquélla que evoca con palabras la furia y la belleza de los elementos de la naturaleza transmigrando con palabras escogidas cuidadosamente unos tropos en otros. Basten los siguientes versos del gran poeta al-Mutanabbī para constatarlo; sirvan como excepcional colofón:

⁸⁷ Al-Mu^ctamid, *ob. cit.*, p. 127.

⁸⁸ Darío Cabanelas y M.^a Paz Torres, *Poesía árabe-andaluza*, Málaga, Litoral, 1984, p. 126.

*Pasan las olas, crestadas de espuma, como sementales
que relinchan sin furia al zambullirse.
Los pájaros, volando al ras de las estelas blanquiverdes,
son jinetes arrastrados por corceles tordos, indóciles a la brida.
Olas y pájaros, encizañados por los vientos,
dos ejércitos que en la lid se persiguen*⁸⁹.

Delgado Pérez M^a Mercedes, "Poética en el caballo árabe: de la tradición mítica a la razón estética", *Revista de poética medieval*, 19 (2007), pp. 21-48.

RESUMEN: En este artículo estudiamos el tema del caballo árabe en la civilización islámica. Para ello examinamos la tradición desde sus orígenes judeo-cristianos y preislámicos y su inclusión al Islam por parte del Profeta Muhammad. El hadiz y la poesía en árabe clásico serán los principales medios de transmisión de una serie de leyendas y mitos en torno al caballo árabe desde la Edad Media hasta nuestros días. Para un conocimiento más cercano hemos extraído de las fuentes árabes textos ilustrativos y, muy especialmente, poemas, que permiten obtener una visión general pero muy exacta de nuestro motivo de estudio.

PALABRAS CLAVE: Caballo árabe. Poesía árabe clásica. Poesía árabe medieval. Tradición islámica

ABSTRACT: In this article we study the theme of the Arabian horse in the Islamic civilization. For it we examine the tradition since its Jewish-Christian origins and Preislamic culture and its inclusion into Islam by the Prophet Muhammad. The hadiz and the poetry in classical Arab were the main way of transmission of some legends and myths around the Arabian horse from the Middle Ages till our days. For a more nearby knowledge we have extracted from the Arabian sources illustrative texts and, quite especially, poems, which permit us to obtain a general but close vision of our theme of study.

KEYWORDS: Arabian horse. Classical Arabic Poetry. Medieval Arabic Poetry. Islamic Tradition.

⁸⁹ Emilio García Gómez, *Cinco poetas musulmanes*, Madrid, Austral, 1959, p. 52.